

# *Al final de la inocencia* de Antonio Botero Palacio

Leonardo Agudelo Velásquez\*

Cada pueblo se constituye sobre una geografía, unos medios y una esperanza que dé soporte a sus afanes de trascendencia. Su literatura, es de alguna manera, la sedimentación —o, si se quiere, la forma material— de esa esperanza.

*Los cantos homéricos, El libro de los muertos, el Chilam Balam, La Metamorfosis de Ovidio, y el Dante,* son la poderosa expresión de ese afán de los pueblos de ver más allá del amanecer y de las estrellas, y preguntarse: "¿Qué hacemos aquí?".

Por ello, hay textos que hechizan nuestra capacidad de comprensión y se convierten, a fuerza de síntesis, en espíritu de la época.

Dice Augusto Pinilla —escritor santandereano— que la literatura urbana solo fue posible en Colombia gracias a autores como Jorge Isaacs y su *María*, Eustasio Rivera con su *Vorágine* y Gabriel García Márquez y *Cien años de soledad*, que hicieron posible nombrar el caos cósmico, el bing bang de nuestros orígenes. Y solo cuando la palabra dominó el caos primigenio de la naturaleza, fue posible la historia de los pueblos. Como lo nombra el génesis: "al séptimo día Dios vio que había sido buena su obra y descansó".

De allí lo vital de *Al final de la inocencia*, ya que Antonio Botero Palacio narra cabalgando en el tono épico de nuestros orígenes, y siguiendo la tradición de un Gregorio Gutiérrez González, un Tomás Carrasquilla o Manuel Mejía Vallejo, para nombrar el solar patrio antioqueño. Cada uno de esos solares de la patria recibió su



bautizo de un relato, pero en algunos de ellos, las palabras llegaron demasiado tarde, cuando los campos ardían en la tierna sangre campesina. Cuando los caminos se empezaron a convertir en senderos hacia cementerios sin nombre. Ese fue el bautizo de fuego que nos llevó a la modernidad. Una época que reemplazó con bullicio y furia, aquella idílica forma de vida de nuestros mayores. Allí inicia el relato: *Al final de la inocencia*, recordándonos cuando la selva era reemplazada con cultivos y jardines. La épica del maíz y del barro, marcado con las cuatro herraduras de mula que sirven de telón de fondo a una historia que acabó extraviándose en el piso resbaloso de una riqueza hecha a fuerza, sin Dios ni ley. Dejándonos en el piélago de una violencia que solo ha podido ser nombrada desde la literatura, que es el territorio donde la realidad puede ser contada utilizando el ropaje de la ficción. ■

\* Nacido en Medellín, el 1961. Hizo estudios de Historia y Filosofía. Es docente universitario. Participó en los talleres de Escritores Universidad de Antioquia y la Biblioteca Pública Piloto. Ha publicado en periódicos y revistas, entre ellas, la *Revista Credencial Historia*.